

Fragmentos del Manifiesto de Xochimilco

México, 10 de marzo de 2004

Los campesinos mesoamericanos contra la dictadura del mercado y por una integración regional desde los pueblos

Los representantes de las 31 organizaciones, coordinadoras y redes de Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica, Cuba y México, participantes en el taller: *Los indígenas y campesinos mesoamericanos frente a los tratados comerciales: por una integración regional equitativa*, convocado por el MOICAM, manifestamos ante todo que:

Los pequeños agricultores tenemos derecho a recibir precios justos que retribuyan íntegramente el valor directo e indirecto de lo que producimos. Pero proclamamos, también, que a nosotros no nos ciega el afán de lucro. Los campesinos laboramos ante todo para satisfacer necesidades humanas: cosechamos alimentos para comer, fibras para vestir, madera para hacer muebles y flores para alegrarnos. Con los demás trabajadores, los campesinos somos el sostén de la vida. Vendemos lo que producimos de sobra y compramos lo que nos hace falta, pero no rendimos culto al mercado ni queremos ser sus esclavos. Para nosotros el mercado debe ser un medio, no un fin; un lugar de encuentro, no un campo de batalla.

Por eso decimos: otra Mesoamérica es necesaria, otra Mesoamérica es posible.

1.- Frente a la desnacionalización y la exclusión una integración regional solidaria y desde los pueblos

Los tratados comerciales, y más aun los acuerdos inicuos que se nos han impuesto, como el TLCAN, el TLCCAEEUU, y los que existen entre México y algunos países centroamericanos, no son factor de integración sino de desintegración, no son vía de inclusión en una entidad mayor sino de exclusión económica y social. Por eso los indígenas y campesinos mesoamericanos rechazamos estos acuerdos y, a cambio, impulsamos una integración regional alternativa: una articulación no sólo económica sino también social; una articulación que tome en cuenta las diferencias y las compense; una articulación en la solidaridad y la cooperación y no en la competencia; una articulación no únicamente desde los gobiernos sino también, y sobre todo, desde los pueblos.

2.- Frente a la descalificación de nuestro esfuerzo y nuestras cosechas, reivindicamos el valor del trabajo campesino

Porque los pequeños y medianos agricultores no sólo producimos comida y vestido; también cosechamos aire puro, agua limpia, tierra fértil y diversidad biológica; y creamos cultura: infinidad de lenguajes, vestimentas, peinados, juegos, cantos, bailes, sabores y decires. Además, durante muchas décadas ofrecimos alimentos y mano de obra baratos al servicio del crecimiento de la industria, y en las crisis fuimos el mejor seguro de desempleo, pues proporcionábamos trabajo, autoabasto e ingresos. Por eso demandamos que se reconozca la multifuncionalidad campesina: las numerosas y decisivas aportaciones del campo a la vida humana.

Porque los campesinos no queremos compasión ni pedimos limosna. Los productores rurales tenemos compromisos económicos, sociales, ambientales y culturales con nuestros pueblos, con nuestros países, con nuestra región. Y queremos cumplirlos. Pero para poder hacerlo necesitamos condiciones adecuadas. Condiciones que hoy no existen.

3.- Hacia una nueva y verdadera reforma agraria mesoamericana

Los campesinos sostenemos que la tierra no es una mercancía. La tierra es la condición que hace posible nuestro trabajo productivo, pero la tierra son también sus recursos superficiales y profundos, y la tierra es el territorio de las autonomías indias y los autogobiernos negros y mestizos. Pero ante todo, la tierra es raíz, es vida, es cultura.

El suelo, junto con el agua, los bosques y la biodiversidad toda, así como los saberes agrícolas, la medicina tradicional y la cultura indígena, son bienes colectivos, son patrimonio de los pueblos al servicio de la humanidad. Entonces, el derecho a la tierra y los demás recursos es asunto de justicia y no de dinero. Por eso los trabajadores del campo mesoamericano rechazamos la pretensión del Banco Mundial y otros organismos multilaterales y gobiernos nacionales de reducir la Reforma Agraria al otorgamiento de créditos para comprar tierra.

La tierra es recurso natural y medio para producir, pero también el lugar donde los pueblos tenemos nuestra historia y nuestra cultura. Entonces la Reforma Agraria del tercer milenio no sólo reivindica parcelas para los campesinos como productores, demanda el reconocimiento de nuestros territorios. Ámbitos de gestión y gobierno, que en el caso de los pueblos indios son ancestrales y anteriores al establecimiento de los estados nacionales y de su derecho.

4.- Recuperar la soberanía y seguridad alimentarias

Un pueblo que no tiene asegurada su alimentación es un pueblo sometido. Es por eso que mediante tratados de libre comercio, exportaciones a precios de dumping y programas de “ayuda alimentaria”, los países poderosos y sus transnacionales están empeñados en una guerra por dismantelar las agriculturas de los países económicamente débiles. Así, la comida se volvió arma de los imperios; potencias que protegen y subsidian sus agriculturas, mientras a nosotros nos imponen la apertura comercial, arrasando cultivos, arruinando campesinos y poniendo de rodillas a naciones incapaces de emplear a su población y producir sus alimentos.

Por eso los campesinos mesoamericanos luchamos por la soberanía alimentaria, entendida como el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias de producción, distribución y consumo de bienes básicos; pero también como el derecho a un trabajo y un ingreso que nos permitan acceder con dignidad a una alimentación adecuada y suficiente. Y en nuestros países el derecho a la alimentación sólo se garantiza respetando y promoviendo los modos campesinos e indígenas de producción agropecuaria, forestal, pesquera, artesanal; así como nuestros sistemas de comercialización y de gestión de los espacios rurales.

Repudiamos, entonces, la introducción y el uso de organismos genéticamente modificados, tanto por sus impactos en nuestras reservas biológicas y en la salud de los consumidores, como porque remachan nuestra dependencia respecto de las transnacionales productoras de semillas y agroquímicos.

Como pueblos de maíz nos agravia sobremanera la contaminación de los maíces criollos con transgénicos, daño que se comprobó en México y seguramente está presente en otros países de la región que también recibimos “ayuda alimentaria” e importamos granos estadounidenses.

5.- Por los derechos del que migra y por el derecho de no migrar

Nuestros países se están vaciando. Sin trabajo, sin ingresos y sin futuro, muchos campesinos emprendemos el camino del éxodo, un peregrinar que ya no es sólo estacional y relativamente cercano, sino distante y con frecuencia definitivo. Hay en nuestra región países que viven de exportar ciudadanos y de las “remesas” en dólares que los migrados envían. Esto es una vergüenza.

Para nosotros la emigración forzada por la miseria es un cáncer que deber ser combatido y erradicado antes de que nos destruya como naciones. Pero, entre tanto, el éxodo campesino y de otros sectores es un hecho y debemos reivindicar los derechos humanos y laborales de los migrantes. Derechos sistemáticamente violados, no sólo por gobiernos lejanos como el de Estados Unidos, sino también por las autoridades de nuestros propios países. En particular por el gobierno de México, que se comporta frente a los migrantes centroamericanos como policía y cancerbero de los yanquis.

Pero no podemos conformarnos con pelear por una migración con rostro humano. Así como luchamos por el derecho de los mesoamericanos a la alimentación y por la soberanía alimentaria, luchamos también por el derecho de nuestros pueblos al trabajo y por la soberanía laboral. Porque un país que no puede garantizarle a sus ciudadanos un empleo digno y bien remunerado, un país que para sostenerse debe “exportar” a sus jóvenes, un país que vive de los ahorros que su población transterrada envía de regreso a sus familiares, es un país sin soberanía ni vergüenza.

Sabemos que los flujos migratorios sólo van a disminuir y a perder su carácter compulsivo cuando en los países y regiones que hoy nos expulsan existen condiciones de vida dignas y expectativas de progreso. Y crear estas condiciones supone impulsar un desarrollo hacia adentro y no sólo hacia fuera, un desarrollo comprometido con la creación de empleo y con la distribución más justa del ingreso. En particular un desarrollo que reactive la agricultura campesina y la producción alimentaria.

6.- Contra la privatización de la vida

La diversidad biológica, pródiga en Mesoamérica, es nuestra principal herencia y patrimonio. Preservarla y restaurarla, pero también aprovecharla pro-

ductivamente, es responsabilidad mayor de los campesinos mesoamericanos. Por eso rechazamos el establecimiento de patentes sobre códigos genéticos y saberes comunitarios. Los repudiamos porque privatizan la vida, que pasa a ser una mercancía más, y porque nulifican el derecho de las comunidades rurales y campesinas mesoamericanas al usufructo de los recursos genéticos y la biodiversidad. Por eso luchamos por el respeto a los saberes tradicionales que son patrimonio de las comunidades: conocimientos de creación colectiva y disfrute compartido que no deben caer en manos de corporaciones que trafican y especulan con ellos. Por eso repudiamos, también, la privatización del agua dulce, recurso cada vez más contaminado y escaso que es base de todas las formas de vida.

7.- Por los derechos de la mujer campesina

Las mujeres del campo tenemos derechos, no sólo reproductivos, también económicos, laborales, sociales, políticos, agrarios... Derechos disminuidos o de plano negados, tanto por las sociedades nacionales, como por las comunidades agrarias, las organizaciones sociales y en el ámbito familiar. La labor de las mujeres campesinas no ha sido reconocida, de modo que el valor de nuestro trabajo no se refleja en el precio de los productos. Y tampoco se reconoce nuestra aportación primordial a la conservación de las semillas y de los saberes agrícolas, culinarios, artesanales, festivos.

Por todo ello luchamos por ser vistas, escuchadas y tomadas en cuenta. Queremos lograr que la democracia, la justicia y la equidad empiecen por el hogar, pero que se extiendan a la comunidad, la organización, el país; que se extiendan a Mesoamérica toda, una región que tiene nombre y rostro de mujer.

8.- Por el reconocimiento de los derechos autónomos de los pueblos indios

Durante más de cinco siglos los pueblos originarios del continente americano fuimos oprimidos y humillados casi hasta la extinción. Hoy los indios de Mesoamérica, junto con el área andina, el corazón étnico del continente, nos hemos puesto en pie reclamando todos nuestros derechos: los políticos, los socioeconómicos, los culturales.

El alzamiento zapatista en el estado mexicano de Chiapas colocó en primer plano la urgente necesidad de reconocer los derechos autónomos de los pueblos autóctonos. Lo que significa reconocer nuestro territorio, nuestras normas políticas y jurídicas, nuestros saberes y prácticas productivas, nuestra lengua y cultura.

Los indígenas y campesinos mesoamericanos hemos dicho ¡basta!

Ya no queremos ser caudal de votos, titular de nota roja, carne de presidio, rebaño de acarreo, clientela caciquil, tema de oratoria, oportunidad de corruptos, objeto de asistencia y asunto folclórico. Los campesinos tenemos una responsabilidad con el resto de nuestros pueblos y con nuestros países. Queremos cumplirla, pero también exigimos un espacio digno en el futuro de Mesoamérica.

Los campesinos queremos seguir cosechando alimentos sanos para todos; queremos seguir generando empleo e ingreso para millones de mesoamericanos; queremos seguir cuidando los recursos naturales que nos dan aire puro, agua limpia, tierra fértil y diversidad biológica; queremos mantener y desarrollar nuestra cultura y nuestros usos y costumbres indios, afroamericanos y mestizos, que son orgullo nuestro y patrimonio de todos; queremos impulsar nuevas formas de convivencia democrática.

Por eso estamos en pie de lucha los indios, los afroamericanos y los mestizos; los campesinos, los obreros, los empleados y los pequeños empresarios; las mujeres y los hombres; los jóvenes y los viejos. Por eso el pueblo todo de Mesoamérica está en pie de lucha. Una lucha contra el imperio y por la soberanía de los pueblos, una lucha contra el capitalismo salvaje y por un desarrollo incluyente y justiciero, una lucha de resistencia pero también de propuesta.

Por eso los trabajadores del campo mesoamericano decimos:

¡Otra Mesoamérica es necesaria! ¡Otra Mesoamérica es posible!